

GENIALIDADES DE LA GENTE NORMAL

LAUREANO RAMIREZ



Capítulo 1

EL PLAN DE "LA ZORRA"

Aunque jamás conocí a una mujer de tanta decencia y humanidad, mi vecina era conocida en el pueblo por "Lola la Zorra". El apodo no hacía referencia sino a su astucia y brillante inteligencia. Eran muy comentadas las anécdotas que se le atribuían, pero en ellas también había mucha leyenda.

Lola era una mujer a la que la vida nunca trató bien. Siempre serio su semblante, ataviada con pulcra modestia y ropajes negros, superó con dignidad y, cómo no, con su astucia e inteligencia las muchas adversidades que encontró en su existencia vital.

Yo nunca vi en su cara la más leve sonrisa, pero los paisanos nos solíamos divertir mucho con las historias que Pepe "El Sarmiento", a la sazón su marido, contaba de su convivencia conyugal. Tal vez "Sarmiento" exageraba mucho cuando estaba bebido, pero muchas eran ciertas y entre todas, destaca la que nosotros llamamos "Los botones dorados". Esa demostró la genialidad y el negro sentido del humor, sin maldad, que Lola poseía.

La pareja, ya entrada en la cincuentena, no tenía hijos y "Sarmiento" trabajaba de peón caminero, así que su afición a la bebida y su exiguo sueldo hacían muy precaria la economía de la familia. No obstante, Lola siempre encontraba la forma de salir adelante. Una mujer así podía resistir las embestidas de las adversidades de la vida.

Un día, mientras "Sarmiento" estaba cavando una zanja junto a un camino, encontró una bolsa de cuero cerrada con un cordel. Era pequeña, pero pesaba bastante. La abrió y observó que en su interior había lo que él creyó unos "botones", dorados y relucientes. Sin darle más importancia al asunto, la guardó en su morral y siguió con la faena. Tan poca importancia le dio al hallazgo, que se olvidó por completo del asunto y no fue hasta que Lola vació el morral al terminar la faena y reparó en la bolsa, que "Sarmiento" se acordó de su hallazgo.

Cuando Lola le preguntó por ella, respondió:

- Ah, sí! Mira qué botones más bonitos tiene dentro. La he encontrado mientras cavaba y estaba cerca de medio metro bajo tierra!- dijo- alguien debe haberlos perdido, y como son tan relucientes seguro que los estará echando de menos. Igual tienen algún valor, así que buscaré al dueño y se los devolveré, y... seguramente me invitará a unas copas en señal de

agradecimiento, bueno...si es que valen algo ¿verdad?.

La mujer disimuló su sorpresa cuando comprobó que el contenido de la bolsa valía una fortuna, pues eran joyas de oro, parecidas a los gemelos de camisa, pero incrustados de diamantes que brillaban como minúsculos soles. Su honestidad le habría impedido quedarse con lo ajeno, pero era lo bastante lista para comprender que, con total seguridad, se trataba del botín de un robo, lo cual explicaba el lugar tan impropio donde habían sido hallados y el buen estado de la bolsa que los contenía, enterrada en tierra húmeda a medio metro de profundidad. Además, a juzgar por las evidencias, la bolsa había sido depositada allí pocos días antes de Pepe la encontrara.

Con su astucia e inteligencia, en un instante razonó que lo mejor era ocultarle a su marido la verdad, ya que, con toda seguridad, cuando tuviera unas copas de más, lo soltaría y pronto aparecerían muchos supuestos dueños solicitando la devolución de tan valiosa bolsita. De esta forma, su proverbial genio hizo acto de presencia, y concibió un plan perfecto.

"Sarmiento" insistía en su intención de buscar al dueño y devolverle la bolsa, cegado, sin duda, por la recompensa en especie que se ganaría por su generosa conducta, siempre teniendo en cuenta que para él, esos relucientes objetos carecían de todo valor e interés. El empecinamiento de Pepe hizo comprender a Lola que tenía que esmerarse en ejecutar su plan de forma convincente, ya que ella era consciente de que se trataba de un plan un poco... arriesgado.

Y comenzó el sainete diciendo a su esposo:

- Me parece muy honesto por tu parte que intentes buscar al dueño, pero ahora tienes el almuerzo delante.

Mientras Pepe comía, Lola le observaba sentada enfrente y hablando de cosas sin importancia. De repente, al verlo abrir la boca para meterse una cucharada de potaje, se levantó como un resorte de la silla y le dijo:

- Oh, Dios mío! Pero...¿qué te ocurre Pepe? Si tienes la lengua verde!

- ¿La lengua verde? - repitió "Sarmiento" dejando la cuchara y palpándose la lengua.

- Ese es un síntoma de la "Fiebre Verde", que ha matado a millones de personas. Debes acostarte de inmediato porque eso puede ser muy contagioso y creo que peligra hasta tu vida....- dijo Lola interpretando a la perfección su papel.

- ¡Pero yo me encuentro muy bien!- replicó Pepe asustado como nunca antes lo había visto su esposa.

- ¡Y tienes mucha fiebre!- dijo tocándole la frente-. Tú no lo notas porque vienes borracho, pero yo sí. Debes irte a la cama de inmediato y mañana ya veremos lo que dice el doctor. Te prepararé una tila para que duermas –concluyó Lola empujando a su marido al dormitorio.

La mujer añadió un poco de somnífero en polvo a la tisana para provocarle un sueño profundo y así actuar mejor.

En cuanto “Sarmiento” comenzó a roncar, cosa que hacía con un estruendo insoportable, Lola tintó de verde el rostro y el cuerpo de su marido y metió un par de huevos entre las sábanas. Por la mañana, antes de despertarlo, roció el balcón del dormitorio y el alféizar de la ventana con leche y reprimiendo una leve sonrisa, procedió a despabilar a su esposo.

- ¡ Buenos días ¡ - gritó abriendo las cortinas para que entrara la luz del día - ¿qué tal te encuentras hoy, querido.... Oh, por Dios! Oh Dios mío!.. pero ¡si tienes la cara toda verde!- decía mientras interpretaba a la perfección el papel de esposa que implora a Dios por la vida de su esposo.

- A ver el cuerpo –siguió ella, destapando a su esposo- pero ¿qué es esto? Si estás totalmente verde....

Pepe estaba revolviéndose en la cama, algo le molestaba y adormilado todavía, protestaba porque aseguraba encontrarse bien. De repente sacó la mano de debajo de las mantas, manchada y goteando un líquido amarillento y viscoso.

- ¿Qué coño....? - dijo mirándose la mano y observando aquel fluido. Pero...¿qué es esto? ¿qué porquería es esta cosa...?

De nuevo metió las manos bajo las sábanas y sacó un huevo entero y otro despachurrado. Su cara era un poema. Estaba estupefacto mirando el huevo y la yema mezclada con la clara y los trozos del cascarón....

- ¡Pero si has puesto dos huevos! ¡míralos!- le gritaba Lola mientras su aturdido esposo los contemplaba- Debes estar muy enfermo y estos huevos lo confirman. Las personas no ponen huevos si no padecen una grave enfermedad. Tú estás muy enfermo y, además, pones huevos, lo cual es sin duda algo muy, muy grave.

Pepe miró al balcón y se sorprendió al ver que el suelo del mismo estaba

cubierto de algo muy blanco.

- ¿Qué hay en el suelo del balcón? - preguntó bostezando.

- Ah, sí! Es que ha estado lloviendo leche toda la noche – dijo Lola mostrándole el blanco líquido en el balcón y en el alféizar de la ventaba.

- ¿Lloviendo lecheeeee...? - repitió "Sarmiento" en el colmo del delirio, completamente asombrado.

Aún soñoliento, con la resaca del vino, los efectos del somnífero y la convincente actuación de su esposa, comenzó a balbucear frases incoherentes:

- ¡Hay que joderse! Así que... ¿he puesto dos huevos mientras dormía...?¿yo? ¿No será una gallina que se ha colado en casa? Y...¿se podrán comer? Dios mío, no sabía que las personas enfermas ponían huevos...¿será que los escalofríos de la fiebre nos ponen la piel de gallina y ponemos huevos como ellas? - decía- y ¿ha estado lloviendo leche?¿toda la noche? Debe haber vacas en las nubes....no sé cómo no se caen –deliraba- y ¿qué pasará cuando se seque la leche? No habrá Dios que meta el pico en esa costra....¡Dios mío, perderé el jornal!.....La verdad es que no me encuentro bien...no me encuentro nada bien.....me duele la cabeza... - y volvió a dormirse.

La mujer no pudo reprimir unas risas, impropias en su grave semblante, pero se felicitó porque su plan estaba saliendo a la perfección.

"Sarmiento" durmió todo el día, y al anochecer, Lola lo despertó una vez más para convencerle de que seguía enfermo y que tampoco debía ir al trabajo al día siguiente. Volvió a darle tila con los polvos y la droga, unida a la ausencia de alcohol, hicieron que a la mañana siguiente Pepe se encontrara realmente mal.

Al cabo de un par de días, Lola hizo creer a su esposo que ya estaba mejor y para que lo planeado surtiera efecto, dejó ir a su marido a la taberna.

Allí Pepe sació su sed acumulada y bebió durante un buen rato. Sus amigos le informaron de que había un señor forastero que estaba preguntando por una bolsa que había perdido. Como le dijimos que tú estaba cavando por esa zona, todos los días viene preguntando por ti. Pepe se puso muy serio y dijo que él tenía lo que aquel señor buscaba. Los demás le dijeron que venía todos los días, y que seguramente tarde o temprano aparecería.

Al cabo, llegó un forastero al local y se dirigió a los allí presentes

solicitando su atención:

- Señores, disculpen- dijo el recién llegado- pero, como alguno ya saben, he perdido unos gemelos de camisa, estaban dentro de una bolsa de cuero. Me son muy queridos, porque me los dejó mi difunto padre, así que si alguien los ha encontrado y me los devuelve le daré una generosa recompensa, porque en realidad son de bisutería y no valen nada, pero para mí tienen un gran valor sentimental –mintió el forastero.

Inmediatamente, tal y como Lola había supuesto, Pepe saltó y dijo:

- Señor, yo tengo sus botones. Los encontré junto al camino vecinal. Si me invita a unas copas, luego se los devolveré. No es necesaria ninguna recompensa, lo considero mi deber ciudadano –fanfarroneó .

Aunque el forastero estaba impaciente por recuperar el botín, decidió que era mejor no mostrar ansiedad, porque el otro notaría lo mucho que valían, así que hizo de tripas corazón y aguantó la perorata de "Sarmiento" que le relataba una y otra vez su "odisea" que culminó con el hallazgo de la bolsa. Dramatizó y otorgó una importancia tremenda a su hallazgo, y el forastero tuvo que aguantarla con estoica resignación, pensando que, después, recuperaría su bolsa. Cuando Pepe ya estaba bastante borracho, el tipo le apremió para ir a recoger su tesoro. Pepe accedió, no sin antes echar la última copa y marcharon a casa del matrimonio.

Llegaron ambos al domicilio de "Sarmiento", que llamaba a su mujer a gritos. Ella apareció con su grave semblante y le recriminó la magnitud de la borrachera que traía.

- ¿Qué te pasa ahora? ¿Quién es este señor? – preguntó Lola con severidad.

- Este señor que me acompaña es el dueño de la bolsa con botones que encontré el otro día. Me ha invitado a beber y yo he prometido devolvérsela- dijo Pepe.

- Ya estás otra vez con tus tonterías de borracho- espetó ella- ¿de qué estás hablando ahora?

- La bolsa con botones dorados que te entregue el otro día, ¿no te acuerdas? –dijo Pepe controlando un acceso de hipo provocado por el alcohol.

- Tú estás fatal de la cabeza. El médico te advirtió que beber solo aumentaría tus imbecilidades y tus alucinaciones- dijo Lola con semblante

serio y con una tranquilidad pasmosa.

- Pero, mujer, ¿no te acuerdas de los botones relucientes? Te los di el otro día – insistía Pepe tambaleándose.

- Ya estamos... a ver ¿qué día fue ese?- preguntó Lola con precisión calculada.

- Sí mujer, el día que yo llegué con fiebre y me dijiste que tenía la lengua verde.

- No recuerdo verte con la lengua verde.... - replicó Lola sin perder la calma.

- Sí mujer, esa noche yo me volví de color verde... todo el cuerpo, la cara y todo se me volvió verde- respondió Pepe evidenciando su estado de embriaguez.

- ¿tú de color verde? ¿está usted escuchando a mi marido? – dijo Lola dirigiéndose al dueño de la bolsa y con tono de desprecio muy bien interpretado.

- ¡Que sí! –insistió Pepe- . Fue la misma noche que puse dos huevos mientras dormía... ¿a que ahora ya lo recuerdas?.

El forastero estaba estupefacto escuchando las palabras del hombre.

Lola lo miraba de soslayo esbozando una sonrisa sarcástica. Pero Pepe siguió:

- Me parece imposible que no te acuerdes, cariño- dijo el- Ese fue el día que yo no pude ir a trabajar porque toda la noche estuvo lloviendo leche y el suelo estaba muy resbaladizo y.....yo...yo.. tenía la cara y el cuerpo de color verde...¿estás diciendo que lo soñé?...no puede ser, todavía tiene que haber leche....

Lola le interrumpió con tono enojado. El forastero estaba atónito y entonces la mujer culminó su ingenioso plan, miró al forastero y le dijo, en tono conciliador:

- Ya lo ve usted mismo, además de borracho, mi pobre esposo está completamente loco....

Ante la evidencia de lo visto y oído, el forastero no tuvo más remedio que marcharse, convencido de que "Pepe Sarmiento" era un borracho, pero que su demencia era aún peor que su alcoholismo.

Lola gorgoriteó de risa por lo bajo, y pensó que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón; convencida de que el sujeto era un ladrón y que era el botín de un robo, Lola se dio media vuelta y siguió con sus labores domésticas como si nada hubiera ocurrido.

Sin saber el motivo, a partir de ese día "Pepe Sarmiento" no volvió a ir a trabajar. Lola la Zorra, en su "último saludo en el escenario", lo convenció de que le habían dado la invalidez total por demencia y una buena paga mensual. Así, y dedicado a su gran afición, vivió como un marqués el resto de su vida y Lola, en su austera condición, también.

Y para el recuerdo, todos los vecinos contábamos esta hilarante historia que muchos forasteros ponían en duda, pero que fue tan verdad como que las personas enfermas ponen huevos mientras duermen....